

La ineludible angustia



MYRTA CASAS DE PEREDA¹

Eros, lo libidinal que circula desde ese otro-Otro, nos envuelve. Energía de la pulsión sexual, dice Freud; en tanto la pulsión pulsa hacia el objeto lo pierde en su giro y con ello determina la marca psíquica. Con la acción específica (Freud, 1895), la represión da cuenta de un «no» vital que habilita la pérdida de objeto señalada; y con este acto psíquico, destino de pulsión, la represión señala una prohibición y un límite. Esfuerzo de desalojo es el nombre primero, y poco después Freud la nomina represión. Sexualidad inconsciente donde el derrotero de los destinos de pulsión escriben la historia individual singular; siempre que un otro barrado dé lugar a la eficacia del no.

Acontecimiento pleno de efectos donde se realiza la división del sujeto tironeado entre representaciones-significantes que dan lugar a la red, trama inconsciente, donde ese sujeto dividido y deseante arma fantasías y emerge en las formaciones del inconsciente.

Se trata del sustrato libidinal que también da lugar al incipiente yo, en tanto, por ejemplo, puede mirar si es mirado. Tríada freudiana, mirar, mirarse, ser mirado (Freud, 1915) que reitera la impronta del Otro-otro en la pulsión y sus efectos. Tríada no solo presente en relación con la mirada sino también, de modo cada vez diferente, en lo oral, lo anal, la voz y todo lo propioceptivo en juego, donde el contacto es fuente imprescindible para ser libidinizado. Acontecimientos profundamente dinámicos que

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mcasaspereda@adinet.com.uy

implican aspectos estructurales de una alta complejidad que determinan la subjetividad inconsciente.

Itinerarios de intensa actividad libidinal para un sujeto dividido adviniendo como contrapartida natural del deseo del otro inconsciente que transita, desde un espacio moebiano, aconteciendo en tiempos lógicos y no cronológicos, hasta los anudamientos borromeos que señalan la impronta creciente de lo Real, de lo no capturable. De allí en más se despliega la complejización de la trama significante y sus efectos.

No se trata de progresiones lineales pues cada uno de estos acontecimientos simbólicos, el «estadio del espejo» (Lacan, 1949), por ejemplo, sostiene también un imaginario, la imagen, que reclama una pérdida donde lo fantasmático señala lo paranoico del yo como constitutivo y rebatido cada vez. Junto a ello acontece la decantación identificatoria de ese incipiente yo porque es necesaria la discriminación del otro. Salir del transitivismo constituye la chance de armar un nudo borromeo con los tres registros, pero también es cierto que lo paranoico asalta fácilmente al yo pues allí las pasiones dirigen la marcha de las vivencias donde los destinos-defensas binarios de la pulsión (transformación en lo contrario y vuelta sobre sí mismo) se hacen sentir. Se trata de poder engarzar los aspectos más abstractos en los más encarnados.

Lacan propone que el amor es sublimación del deseo (1962-63), frase que puede resultar enigmática en la medida que cada uno de los tres elementos en juego requiere abstracciones para definirlos. Entiendo que la escritura inconsciente, representacional, significante, constituye una suerte de sublimación de lo perdido pues es ésta, la pérdida del objeto, lo que funda la estructura significante y por ende la trama inconsciente.

Sublimar no es evitar la pérdida; es propiciarla al tiempo que se producen nuevos enlaces significantes. Testimonios de pérdidas, porque se pierde un enlace y se adquieren otros; pérdidas cuyos predicados de infinitas situaciones vivenciales son determinadas cada vez que la pulsión pulsiona. Sublimar no es pasar de lo pulsional a fines valorados. Lo valorado es la pulsión misma cuyo itinerario depende siempre, a su vez, del deseo del otro-Otro en juego.

Desde Freud en adelante se han distorsionado los sentidos otorgados a la sublimación, que carga con una pesada raíz lingüística donde lo sublime

ilusiona y dirige la prosecución de sentidos. Sin embargo Freud la ubica, bien, entre los destinos de pulsión o defensas y por lo tanto es tan ineludible como la represión y forma parte de los avatares de la escritura inconsciente.

Es más, entiendo que represión y sublimación son inseparables del punto de vista dinámico. La pérdida acontece en cada ida y vuelta pulsional que señala la cualidad del deseo del otro-Otro allí presente en tanto se produce una marca significativa, escritura que integrará la cadena inconsciente. Cuando Lacan plantea que la sublimación permite al goce condescender al deseo (1962-63) refiere de un modo críptico, propio del autor, a la necesidad de reconsiderar la ida y vuelta de la pulsión hacia y desde el objeto, que solo existe cuando se pierde (1964). La sublimación, entonces, constituye la chance de que un significativo recoja un predicado de ese imposible encuentro y quede así disponible para crear sentidos nuevos.

Sublimar nombra una disponibilidad inconsciente para que un sujeto dividido y deseante circule entre significantes aplacando el incendio de la angustia.

La angustia puede ser señal pero también advenir con cualidades catastróficas en tanto se coagulen las pérdidas. Ello implica, claro está, que ese Otro simbólico que ofrece un objeto a ser creado y perdido a la vez, no ofrezca nada, no libidineice el encuentro, no despierte la pulsión en el cuerpo erógeno del hijo(a).

Sublimar y duelar son, a mi entender, sinónimos de registros dispares que se anudan en una dinámica inconsciente donde lo esencial consiste en la sustitución. Es en este contexto que la tríada Real, Simbólico, Imaginario se vuelve esencial, cada vez, en cada momento, para que no se obture el deseo con un goce congelador de la vida. Lo que anula el encadenamiento significativo es precisamente que no falte nada y que no haya posibilidad de movimiento representacional desiderativo.

Este es el valor central e imprescindible del afecto (de) angustia y por eso resulta ineludible.

No es la pérdida de objeto lo que causa angustia sino la cualidad con que los predicados refieren a dicha pérdida, que pueden resultar placenteros u ominosos con toda la gama de posibles articulaciones fantasmáticas. Hay frases paradigmáticas freudianas cuando señala en *La transitoriedad* (1916: 310-311) que «la libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar

los perdidos». Freud está hablando del duelo, de una zona de oscuridad imprescindible pues es siempre intensa la necesidad de abrir lo simbólico a lo real. Cuando hablamos de duelo en forma genérica se lo tiende a ubicar en la pérdida de personas amadas; pero sublimar implica un proceso no consciente de sustitución, por lo tanto de pérdida, que junto a la represión constituye el basamento de la estructuración subjetiva. Si el goce puede condescender al deseo a través de la sublimación es porque apunta a la proximidad entre goce y deseo a la vez que a la imprescindible discriminación entre ambos. También elevar el objeto a la dignidad de la cosa (Lacan, 1959-60) señala la importancia que obtiene el objeto cuando se pierde: *das Ding*. Por eso comenzaba citando la acción específica que Freud dejó en claro en 1895.

Tal vez la dignidad de la cosa refiera a la dignidad de la pérdida que da lugar a la vida psíquica.

Se tiene que perder para existir en el predicado que lo predica. Allí está en juego el deseo inconsciente del Otro que lo asiste y que subsiste en las fantasías que se arman y desarman a lo largo del tiempo. Ese es nuestro objetivo, es nuestra posibilidad de trabajo analítico que, transferencia mediante, permite enlazar algo de esa magnitud sintomática.

Por otra parte la angustia está siempre al alcance nuestro, pues la transferencia sigue siendo el *fil rouge* de nuestra tarea. Y no es casual que Freud le haya dedicado un texto fundamental, en 1925, como *Inhibición, síntoma y angustia*, donde ésta resulta efecto de diversas categorizaciones de las neurosis. Apunta a las vicisitudes del deseo, que si bien emergen en fantasías, siempre tienen un lado de Real, de desconocido, que mantiene la angustia. Ésta señala un peligro inminente, el del goce, siguiendo a Lacan, que paraliza el movimiento signifiante, en una suerte de suspenso de la vida. Tal vez la angustia establece la diferencia entre deseo y goce.

La presencia de angustia en todas y cada una de las formaciones del inconsciente también da cuenta de los límites de la sublimación. La angustia es un afecto-efecto de cualidades diversas donde se perfila la ausencia de límites o la parálisis en la cadena signifiante. El deseo, el sujeto deseante inconsciente, transcurre entre significantes y la angustia se sustrae de los significantes que la sostienen.

Sublimación y represión, destinos o defensas de pulsión, triádicos en su estructura de funcionamiento, intervienen específicamente tanto en la

emergencia como en el alivio de la angustia. Ésta es señal de la proximidad de goce a la que la sublimación responde. La angustia como emergente del fracaso de todas o cada una de estas defensas o destinos señala los límites de cada una de ellas.

La presencia contundente de la desmentida estructural (Casas de Pereda, 1999) en la infancia temprana es una respuesta a la indefensión en torno a la estructuración subjetiva. No hay posibilidades simbólicas de dar cuenta de muerte y castración y se recurre a una suerte de imaginario, proveedor de tranquilidades; las teorías sexuales infantiles, así como las creencias imprescindibles en magos y reinos sin límites terrenos, constituyen ejemplos paradigmáticos de creativities que subliman el horror de lo no abarcable y donde los padres deben nutrir esta necesidad estructural dando relieve y existencia a las fantasías, donde elementos de realidad encarnada se vuelven imprescindibles.

Ayudan las creaciones que desde tiempos inmemoriales sostuvieron la magia de los cuentos y las fábulas que hablan de una fuerte imaginería simbólica que se transmite de generación en generación. En los relatos aparece lo concreto de la ubicación en personajes, porque el cuerpo importa y para que el símbolo adquiera consistencia. Efectos de la desmentida estructural que necesita ineludiblemente de un Otro que pueda sostenerlas. ¿Fantasías transicionales que como el objeto transicional se pierden en la noche de los tiempos? El progresivo enriquecimiento de acotadores simbólicos permite el desvanecimiento de la desmentida estructural que señala tolerancia de pérdidas y límites. La vivencia de angustia pertenece al yo pero hunde sus raíces en la trama significativa inconsciente.

Al ubicar la angustia próxima y solidaria de la sublimación, la concebimos en un lugar central que nos permite inferir una suerte de señal de alarma que delata, ya sea la coagulación del deseo, o el incendio del dolor y el goce.

Dentro de este amplio periplo estructural de los efectos, formaciones del inconsciente, emergen los afectos, donde el duelo es inherente al amor y al odio y hace presente a la angustia.

Angustia es vivencia, conmoción afectiva, centrada en una fuerte cuota de desconocimiento porque si bien la experimenta el yo con toda la fuerza de una vivencia subjetiva, su desencadenamiento suele reunir

una diversidad significativa inconsciente. La angustia puede emerger en cualquiera de las formaciones del inconsciente, como ocurre en especial en sueños y síntomas, porque en todas ellas está implicado el Otro de su historia al que se lo reconoce en la transferencia.

La angustia es señal de riesgos estructurales y presentifica deseos intensos, de vida, de muerte, atados a lo largo de la historia significativa desde los comienzos. Allí acude la sublimación en forma constante.

La angustia, que singulariza momentos en que la vivencia es extrema, conmueve las edificaciones que dan fortaleza al yo y aparece un temblor, que sin duda no es sin objeto (Lacan, 1962-63), aunque no podamos reconocerlo.

Represión y sublimación se presentifican en el jugar del niño, aun el más temprano. El juego con las manos, por ejemplo, señala situaciones imaginarias, simbólicas y reales del mismo modo que lo es la presencia del objeto transicional. Efectos de que la pérdida, a través de la prohibición simbólica, privación, frustración, castración, señalan no solo el objeto perdido para siempre (*das Ding*) sino los infinitos matices que adquieren las vicisitudes enumeradas donde el significante se apodera de las imágenes primitivas, lo cual hace imposible descubrirlas (Lacan, 1967-68: 59-60).

El ya reconocido transitivismo del temprano señala al sujeto funcionando en el objeto, de lo que también el objeto transicional muestra con elocuencia.

La angustia tiene una relación de estructura con un sujeto deseante inconsciente. En este sentido, en forma análoga al deseo, emerge desde amarres significantes. Podríamos decir que es el deseo el que provoca angustia, la promueve, y por ello el psicoanálisis es un continuo provocador de angustia ya que la supuesta comprensión es una suerte de trampa.

Se sublima desde temprano, con la creación de las teorías sexuales infantiles, por ejemplo. Creación, como resultado de la indefensión en el espacio y tiempo temprano de la infancia.

Aquí precisamente ancla la ilusión para quedarse, como elemento vital pues nutre el deseo inconsciente. La ilusión no es una desmentida de la muerte y la castración, es la manera en que la sublimación entra a formar parte ineludible de la estructuración subjetiva. Una suerte de empecinada fuerza vital que apunta a la creatividad para aliviar el recono-

cimiento de los límites. La ilusión solidaria de la desmentida estructural reclama un espacio tiempo donde ilusión y fantasía, es decir la fuerza de lo imaginario, dominan la escena psíquica. Ello no implica ningún soltar amarras simbólicas sino precisamente lo contrario, un consistente anclaje simbólico que atraviesa proveniente del deseo del Otro para que el hijo viva, y anuda siempre además una pérdida fundadora (lo real). Ilusión y desilusión constituyen un elemento indispensable en la subjetivación, ya que resulta un trabajo sobre el narcisismo que redimensiona el ideal y, al mismo tiempo, implica elaboración de duelos. La ilusión, desde Winnicott y Freud, se constituye en un concepto psicoanalítico que se despega del sentido corriente pues enlaza el deseo inconsciente.

Estructuración subjetiva donde las peripecias de los destinos pulsionales se acompañan con momentos identificatorios que se suceden desde temprano. Represión primaria e identificación primaria se reúnen en la constitución del yo. La disminución del odio es esencial en el quiebre o salida del pensamiento paranoico que permite ingresar en el duelo y la aceptación de límites. Disminución del odio como elemento esencial a la restitución simbólica. «En la base del concepto de ilusión está el juicio de valor, por ello ilusión y sublimación son consustanciales al interjuego de los ideales» (Casas de Pereda, RUP 110, p. 165).

Importa pensar que el amor como sublimación del deseo señala al cuerpo elidido de su natural compromiso con el deseo, y surge en todas las posibles encarnaciones de un «a» siempre esquivo. Objeto «a», como fragmento perdido del cuerpo, adquiere esa dimensión de lo concreto que se anuda, en contracara con la más abstracta conceptualización de un objeto causa del deseo.

El meollo dinámico del «a» que se necesita perder para que haya símbolo no determina angustia sino la vida psíquica. Desde luego la vida psíquica no es sin la muerte o el dolor, no se trata del sujeto que se pierde en tanto constituye escritura, sino un lado de Real que se realiza entre el sujeto y el deseo del Otro-otro y que habilita la pérdida entre ambos.

El hecho de que la desmentida estructural juegue un rol esencial en la indefensión del ser humano, también connota la presencia de la sublimación que aunque parezca parcial, en sus alcances simbólicos es por el contrario altamente enriquecedora.

Si bien el deseo del Otro siempre nos precede y por lo tanto la malla simbólica estaría presente, por lo pronto para la neurosis, también asistimos a la imprescindible prevalencia de lo dual (sostenido por lo simbólico) en los destinos binarios de la pulsión, como son la transformación en lo contrario y vuelta sobre sí mismo. También el «no» a la muerte y la castración de la desmentida estructural tiene este mismo dualismo, es binario pero está sostenido por lo simbólico, y caracteriza todo ello de modo singular los avatares del binomio presencia-ausencia que es uno de los elementos estructurantes más importantes desde los comienzos de la vida.

Importa la respuesta del analista, en el lugar del Otro, para vehiculizar significantes, para encarnar y salir de todos los objetos perdidos con carácter ominoso en que desea colocarlo el paciente.

Todo esto nos ubica en ese lugar enigmático que Lacan propone: la angustia no es sin objeto. El temor es sin objeto pero la angustia es con objeto. Lacan no cesa de insistir en esto porque nos remite a la función de la falta que plantea a lo largo del Seminario X.

En estas dificultades entre la abstracción y la concreción que forman parte de la estructuración subjetiva, destaco que una manera de acercarnos es pensar que nada de esto es alcanzable solo por medio de lo simbólico y que por eso la tarea analítica reclama ese posicionamiento del lugar del analista.

La angustia es, pues, tan ineludible como la pulsión y sus destinos. También es necesaria en la medida de lo saludable –*Navigare necesse, vivere non necesse.* ♦

RESUMEN

El sustrato libidinal de la estructuración subjetiva inconsciente implica la conjunción de represión e identificación que configuran inconsciente y yo.

Se subraya la importancia de la sublimación acompañando las vicisitudes de la represión y aplacando el incendio de la angustia.

Sublimar no es pasar de lo pulsional a fines valorados. Lo valorado es la pulsión misma cuyo itinerario depende siempre, a su vez, del deseo del otro-Otro en juego.

No es la pérdida de objeto lo que causa angustia sino la cualidad con que los predicados refieren a dicha pérdida.

Se ubica la angustia próxima y solidaria de la sublimación, que se hace presente en todas y cada una de las formaciones del inconsciente. La angustia es señal de la proximidad del goce a la que la sublimación responde. La creación de teorías sexuales infantiles tempranamente constituye un buen ejemplo de sublimación. La ilusión, en la díada ilusión-desilusión, resulta indispensable en el trabajo sobre el narcisismo que redimensiona el ideal a la vez que implica elaboración de duelos.

Descriptor: SUBLIMACIÓN / ANGUSTIA / REPRESIÓN / DUELO

Autores-tema: Lacan, Jacques

SUMMARY

The libidinal substratum of the unconscious subjective structuring process implies the conjunction of repression and identification which give shape to the unconscious and the ego.

The paper underscores the importance of sublimation working together with the vicissitudes of repression and soothing the fire of anxiety.

Sublimating is not moving away from the drive towards valued aims. What is valued is the drive itself, whose itinerary always depends, in turn, on the wish of the other-Other in play.

It is not the loss of the object which causes anxiety, but it is rather the quality of the predicates that refer to such loss.

Anxiety, with its proximity and solidarity with sublimation, can be found in each and every one of the formations of the unconscious. Anxiety is a signal of the proximity of the *jouissance* to which sublimation responds. The early creation of infant sexual theories constitutes a good example of sublimation. Illusion, as part of the diad illusion-disillusion, is essential in the work with narcissism which redimensions the ideal at the same time as it implies the elaboration of the processes of mourning.

Keywords: SUBLIMATION / ANXIETY / REPRESSION / MOURNING

Authors-Subject: Lacan, Jacques

BIBLIOGRAFÍA

- CASAS DE PEREDA, M. *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires, Paidós, 1999.
- *Sujeto en escena; el significante psicoanalítico*. Montevideo, Isadora, 2007.
- De la sublimación; vigencia de la pulsión y sus destinos. En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 2010, pp. 47-70.
- FREUD, S. [1895]. Proyecto de psicología para neurólogos. En: *O. C. T. I*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- [1915]. Pulsiones y destinos de pulsión. En: *O. C. T. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- [1916]. La transitoriedad. En: *O. C. T. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- [1926]. Inhibición síntoma y angustia. En: *O. C. T. XX*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, S. [1927]. El porvenir de una ilusión. En: *O. C. T. XXI*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- LACAN, J. [1949]. El estadio del espejo como formación del yo, tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En: *Escritos I*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.
- [1959-60]. *El Seminario. Libro VII. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1988.
- [1962-63]. *El Seminario. Libro X. La angustia*. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- [1964]. *El Seminario. Libro XI. Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Barral, 1977.
- [1966-67]. *El Seminario. Libro XIV. La lógica del fantasma*. Versión íntegra.
- [1967-1968]. *El Seminario. Libro XV. El acto analítico*. Versión íntegra.